Nunca dejes el amor de lado

Nunca dejes el amor de lado

Título original: *Love Left Behind*

© 2012 S.H. Kolee
© de la traducción: Ana Isabel Gallo López

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Paseo de Gracia 118, principal
08008 Barcelona
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta y maquetación: Germán Algarra
Imagen de la cubierta: Thinkstock/iStockphoto

Primera edición: octubre de 2013

Depósito legal: B. 21242-2013
ISBN: 978-84-15854-15-9

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

S.H. Kolee

Nunca dejes el amor de lado

Libros de seda

Capítulo 1

¿Hasta dónde puede llevarte un compromiso? A mí casi me lleva al altar. Casarte con el muchacho con el que empezaste a salir a los quince años puede ser o un cuento de hadas o una insensatez. Sean Somers y yo empezamos a salir cuando éramos estudiantes de primer año de instituto. Crecimos juntos y juntos pasamos por la muerte de mi padre, por el divorcio de los suyos, por el baile de fin de curso y los miedos al embarazo. Yo quería a Sean, aunque en parte era consciente de que en nuestra relación no había pasión. Para mí era como un amigo fiel, mi mejor amigo. Pero ¿era el amor de mi vida? No estaba segura.

Di por sentado que la universidad nos distanciaría. Acepté una beca parcial en la Universidad de Chicago y Sean se quedó a estudiar en la de Maryland. Y no es que Sean no intentara entrar en la misma universidad que yo, lo que ocurrió fue que no le aceptaron y una íntima y pequeña parte de mí se alegró, porque podría empezar de nuevo en otra parte y convertirme en otra persona. Estaba harta de ser la aburrida Emma Mills, la hija responsable, la estudiante sobresaliente y la también voluntaria de la iglesia.

Sin embargo, infravaloré la persistencia de Sean y su determinación. Aunque nos habíamos jurado llamarnos y vernos religiosamen-

te, Chicago era un viaje caro en avión y yo no creía que eso fuera a pasar. Lo que no sabía era que Sean había estado guardándose el dinero de sus trabajos de verano y había ahorrado lo suficiente como para visitarme cada mes.

La universidad no fue como yo esperaba. Pensaba que me convertiría en alguien fascinante, que tendría amigos interesantes y aventuras a la vuelta de cada esquina. En lugar de eso, continué siendo la misma Emma Mills. Seguía siendo responsable, sacando sobresalientes y voluntaria de la iglesia.

Era más fácil optar por la comodidad. Y mi relación con Sean resultaba cómoda. Él era tan responsable como yo. Así que cuando me sugirió que después de graduarme me trasladara a Maryland y me pusiera a trabajar en Washington, D.C. para vivir juntos, acepté.

Durante tres años fui bastante feliz. Todo el mundo envidiaba nuestra relación. A los dos nos encantaban nuestros respectivos trabajos y nos gustaba vivir en un barrio emergente de Maryland, a las afueras de Washington. Discutíamos raras veces y yo pensaba que pasaría el resto de mi vida con Sean. Por eso cuando en mi veinticuatro cumpleaños me lo propuso metiendo un anillo dentro de la tarta, acepté con alegría. Mi vida se iba desarrollando según lo planeado.

Pero conforme se acercaba la fecha de la boda comencé a sentirme cada vez más agobiada. Teníamos ante nosotros una vida totalmente planificada. Sean era analista de una prestigiosa empresa financiera e iba camino de ser ascendido a director. Yo era ejecutiva de marketing de una agencia de publicidad y calculábamos que trabajaría allí unos cuantos años más hasta que empezáramos a tener hijos. Entonces me convertiría en un ama de casa.

Intentaba creerme esa perspectiva de futuro, hasta que empecé a darme cuenta de que no era la planificación de esa vida lo que me molestaba, sino la persona con la que había planeado pasarla.

A Sean no le gustaba viajar. Prefería quedarse en casa y ver la televisión. Nuestra vida sexual había quedado reducida a los castos besos

de cada día y un obligatorio revolcón cada dos semanas. Con él me aburría soberanamente y estoy segura de que a él le pasaba lo mismo conmigo. Sin embargo, cada vez que yo le preguntaba si era feliz en nuestra relación, él me aseguraba que sí.

Cuanto más avanzábamos en nuestros planes de boda mis dudas aumentaban, y cada vez se hacía más difícil anularla. ¡Por el amor de Dios, pero si ya había enviado hasta las invitaciones! ¡Era de muy mal gusto anular una invitación de boda! Por eso seguí adelante y elegí la tarta nupcial, escuché a varias orquestas y tuve interminables conversaciones sobre qué empresa de *catering* contratar.

Hasta que llegó mi despedida de soltera. Mis amigas y yo hicimos lo predecible y nos fuimos a Las Vegas. Chillamos de vergüenza y placer al ver a los *strippers* de Chippendale, perdimos dinero en las tragaperras y bebimos hasta caer inconscientes.

La última noche, mi mejor amiga, Trisha, y yo estábamos sentadas en la mesa de un club mientras las otras bailaban como locas en la pista de baile.

—¿Te puedes creer que vas a casarte en menos de un mes? —me preguntó en un determinado momento, inclinándose sobre mí.

Mi respuesta fue que no. No podía creérmelo. No quería creérmelo. No podía a pasarme toda la vida siendo la aburrida y predecible Emma Mills. Quizá fuera una egoísta; quizá fuese horrible, pero sabía que estaba ahorrándonos, a Sean y a mí misma, una soporífera vida juntos.

Así que anulé la boda.

El día que volví de Las Vegas, hice que Sean se sentara en la sala de estar de nuestro apartamento, el mismo que habíamos pasado meses decorando juntos comprando de todo en mercadillos y tiendas de segunda mano y tratando de restaurar algunos muebles con nuestras propias manos para ahorrarnos dinero. Eso me recordó que entre todos los días monótonos de nuestra relación había habido también momentos bonitos. Nos sentíamos a gusto juntos. Pero estar a gusto ya no me servía.

Cuando acabé de explicarle por qué no encajábamos y no nos hacíamos bien el uno al otro, Sean se quedó conmocionado y destrozado. No entendía de dónde venía todo esto. Él pensaba que yo había sido feliz durante todos estos años. Y sí, una parte de mí lo había sido, pero no me bastaba.

Los ruegos y lágrimas de Sean no fueron suficientes para persuadirme. Había tomado una decisión y me mantendría firme. Por más embarazoso que resultara cancelar la boda y devolver todos los regalos, me sentía aliviada. Era como si me hubiera escapado por poco.

Ahora tenía que llevar más lejos mi huida trasladándome a Nueva York, donde había aceptado un trabajo como asistente de dirección. Estaba varios escalones por debajo de mi posición en Washington, pero cualquier cosa que me sacara de Maryland y me alejara del escándalo de haber dejado a mi novio plantado era algo que agradecía.

Me fui en tren a Nueva York, pues había vendido mi coche. Allí no lo iba a necesitar y además todas mis pertenencias cabían en dos maletas. Sean y yo cancelamos el contrato de alquiler, vendimos todos los muebles y nos repartimos el dinero. Literalmente, todo lo que tenía viajaba conmigo. Aquello fue una liberación.

Viviría con Claire Ranson, la hija de unos amigos de mi familia que llevaba varios años en Nueva York. Claire era una aspirante a actriz de cuya casa siempre estaban entrando y saliendo compañeros de piso, ya que la mayoría eran actores y solían marcharse allá donde consiguieran trabajo. Habíamos hablado varias veces por teléfono y tenía ganas de conocerla en persona.

El revisor del tren avisó de que la siguiente parada era Penn Station y me estremecí de emoción. Finalmente, a los veinticinco años cambiaría de vida, viviría por mi cuenta. Me iba a convertir en una persona nueva y pensaba aprovechar todo lo que Nueva York tuviera que ofrecerme.

Antes de que el tren ni siquiera se hubiera detenido, la gente saltó de sus asientos sacando descuidadamente sus maletines del por-

taequipajes superior que se encontraba sobre nuestras cabezas y se apearon a toda prisa. Miré con resignación arriba, donde seguían mis dos grandes, raídas y anticuadas maletas de color burdeos. Como no había viajado mucho, tampoco tenía donde elegir. De hecho esas maletas las había comprado cuando decidí mudarme a Nueva York en una tienda de segunda mano, e iban llenas hasta los topes.

No sabía cómo me las arreglaría para cargar con ellas hasta el East Village donde se encontraba el apartamento. Al subir al tren un señor muy amable me había ayudado a colocarlas en el portaequipajes, pero el hombre hacía tiempo que se había bajado. Así que con un gesto decidido agarré de un asa y bajé una. La nueva Emma Mills era independiente y luchadora. Podía encargarme de todo, o por lo menos de dos maletas. Fue un pensamiento fugaz, ya que no pude soportar el peso y la maleta cayó al pasillo con un gran estruendo. En fin, aquello no dejaba de ser una manera de bajar una maleta.

Me acordé de que no tenía nada frágil adentro y tiré hacia abajo de la segunda con el mismo método. Finalmente, conseguí sacar arrastras del tren las dos y di la vuelta a la estación tirando de ellas, que iban deslizándose detrás de mí con sus ruedas desgastadas. Vi de refilón algunas maletas de diseño y supuse que yo con mis viejas maletas y el pelo despeinado debía de ser todo un espectáculo. Era cierto que Nueva York estaba lleno de gente guapa, incluso en la estación de tren.

Sin embargo, no quise hacer caso de esos pensamientos, maniobré para subir las maletas a las escaleras mecánicas y cuando vi por primera vez la ciudad como una neoyorkina, me deslumbró. Había visitado Nueva York con mis padres cuando estaba en el colegio, pero aquel era un recuerdo borroso. Ahora yo era una de ellos; una de esas personas que van con prisa a todas partes para hacer cosas importantes. De haberme dado cuenta de que llamaba la atención ahí plantada, parada en la acera contemplando boquiabierta el espectáculo, no me hubiera importado. Nueva York era para todo el mundo. Y yo era parte de ese mundo.

Parar un taxi fue más fácil de lo que pensaba porque esperaban en fila fuera de la estación. Me había preparado para salir a la calzada y detener un taxi moviendo la mano con un gesto distraído, intrépida, como había visto tantas veces hacer a Carrie Bradshaw, de *Sexo en Nueva York*. Aunque mi «sexo en Nueva York» tendría que esperar.

—¿A dónde? —me preguntó el taxista con brusquedad después de arrojar mis maletas en el maletero y volverse a sentar en su asiento.

—A la Primera avenida, entre las calles Ocho y Nueve —respondí. Había practicado de antemano para no parecer una novata y evitar que el taxista me diera una vuelta por todo Brooklyn aprovechándose de una forastera confiada.

El taxista apenas asintió y se despegó del bordillo acelerando. Me sentí emocionada al contemplar las aceras atestadas de gente. Todo el mundo parecía caminar con algún objetivo, con sus vasos de café en la mano y aire decidido. Yo, Emma Mills, ahora era neoyorquina.

Mi primera experiencia como tal consistió en esforzarme por no vomitar ante los bruscos frenazos y los zigzagueos del taxista que conducía como si fuéramos los protagonistas de un videojuego. Yo iba agarrada al asidero de la puerta para no estrellarme contra la mampara de separación de plástico del taxi. Justo cuando el vehículo se detuvo en mi calle, yo ya estaba inspirando hondo para no vomitar el *bagel,* una de esas roscas de pan con un agujero en el centro, que me había comido por la mañana.

El taxista dejó caer mis maletas en la acera después de que le pagara y se largó. Miré hacia arriba del edificio de apartamentos y me sentí algo inquieta por el aspecto destartalado que tenía. El edificio se veía deteriorado y era viejo. Estaba claro que allí no había mantenimiento. Claire me había enviado por correo electrónico unas fotos del interior del apartamento, que me pareció bonito y acogedor, por eso no había reparado en la fachada de ladrillos que se desmoronaban, ni en las escaleras que necesitaban una reparación urgente.

Respiré hondo para acordarme de que para la nueva Emma Mills aquello no suponía ningún problema y con ese pensamiento pulsé el timbre del apartamento 4-C.

—¿Hola? —dijo una voz de mujer.

—¿Claire? Soy Emma. ¡Ya he llegado!

—¡Estupendo! Te abro. ¿Necesitas ayuda con las maletas?

Hice una pausa y miré mis gigantescas maletas. Desde luego, necesitaba ayuda, pero por nada del mundo permitiría que mi compañera de apartamento las subiera.

—No, gracias. Subo en un segundo.

Se oyó el sonido eléctrico de apertura de la puerta y empujé para abrirla mientras arrastraba mis maletas tras de mí. Nada más ver las escaleras adiviné que tardaría un ratito en subir hasta arriba. No había ascensor y no me hacía ninguna gracia tener que tirar de las maletas por los tres tramos de escalera.

Para cuando llegué al cuarto piso estaba sudando como si hubiera corrido un maratón. Era la primera hora de la tarde de un mes mayo, por lo que hacía calor y humedad en los pasillos de los pisos. La puerta 4-C estaba entreabierta y una muchacha guapísima con una larga melena rubia y unos increíbles ojos azules me estaba mirando con la boca abierta.

—¡Dios mío! ¿Pero cómo es que has cargado con todo eso tu sola? ¡Tendrías que haberme dicho que necesitabas ayuda!

Salió del umbral y agarró una de mis maletas. Su intento de levantarla resultó ridículo. Los laterales de plástico barato de la maleta se tensaron hacia arriba, pero no se movió.

—Tira —dije jadeando y tratando de recuperar el aliento, porque el esfuerzo de arrastrar el equipaje por las escaleras me estaba pasando factura. Le señalé las ruedas con la mano y por fin conseguí decir—: Ruedas.

Claire se dio cuenta y empezó a tirar de la maleta hacia dentro del apartamento. Cuando conseguimos entrar las dos, ambas nos dejamos caer en el sofá.

—Caramba —dije después de tomar aliento—, menuda manera desastrosa de presentarme. Me imagino que debería decir eso de «encantada de conocerte».

Claire se rió enderezándose en el sofá.

—Te daría un abrazo pero vamos a dejarlo en un apretón de manos de bienvenida.

Me miré la camiseta empapada de sudor y los *jeans*, que se me pegaban a las piernas como si fueran cemento húmedo.

—No te culpo. Estoy hecha un desastre.

Claire sonrió mientras con un amplio movimiento circular de su mano me señalaba el apartamento.

—Bienvenida a tu nueva casa.

Aunque solo habíamos hablado por teléfono, Claire y yo sintonizamos enseguida. Tenía un año menos que yo y parecía ser tan despreocupada como yo reservada. Decidí que dejaría que ella se contagiara de mí.

Inspeccioné el apartamento, que se veía como en las fotos que me había enviado. Una sala de estar pequeña con muebles confortables, unos cuantos cachivaches y cuadros. La cocina no era más que una pared con una encimera y los electrodomésticos alineados; una mesa de comedor separaba la cocina de la sala de estar. Sabía que las habitaciones también eran pequeñas, pero mi habitación estaba amueblada, así que una cosa menos por la que preocuparme.

Lo que más me gustó del apartamento fue el balcón de la sala de estar. Me quedé de pie mirando por las puertas correderas de cristal. Daba a la Primera avenida y se veía a gente pasando el rato sentada en los escalones de entrada de algunos edificios.

—¡Me encanta! —dije con entusiasmo volviendo la cabeza hacia Claire—. ¡No puedo creerme que por fin esté aquí! Siempre había soñado con vivir en Nueva York, pero ese sueño es ahora una realidad.

—Me alegra que estés aquí. La última compañera de piso que tuve roncaba tan fuerte que la oía a través de la pared del dormitorio. Lo único que me salvó fueron unos tapones para los oídos.

Claire se levantó entonces y se quedó de pie a mi lado mirando también a través de las puertas correderas de cristal. Tenía un tipo esbelto y era mucho más alta que yo. Descalza como estaba y sin tacones calculé que debía medir casi uno ochenta. Sin embargo yo, con mi pelo castaño oscuro que se escapaba de una coleta despeinada y unas caderas que evidenciaban mi amor por la comida basura, me veía a su lado rechoncha y del montón. Pero yo no había ido allí para competir. Lo último que quería hacer después de haber roto mi compromiso era empezar a salir con nadie. Esta vez lo hacía por mí, para demostrar que era la persona que siempre me había imaginado ser. Y agradecía no hacerlo sola. Después de nuestras conversaciones telefónicas ya sentía a Claire como una amiga.

—Voy a enseñarte tu habitación —dijo Claire abriendo una de las tres puertas que daban a la sala de estar y haciéndome pasar adentro—. Ya sé que es un poco pequeña, pero la mía tiene el mismo tamaño. De todos modos no paso mucho tiempo en mi habitación.

—Es perfecta —le dije echando un vistazo alrededor. Para mí lo era. Aunque fuera pequeña y estrecha, era mía. Podría hacer lo que quisiera sin tener que estar pendiente de si a los demás les gustaba. De vez en cuando Sean me venía aún a la mente y una parte de mí lo echaba de menos. Había formado parte de mi vida durante diez años y todavía lo amaba y quería lo mejor para él. Por más aburrido que yo considerara a Sean, él siempre había sido amable y considerado. Era buena persona. Y había sido yo quien había cambiado las reglas a mitad de la partida.

Claire me mostró el baño, me ayudó a cargar con las maletas hasta mi habitación y luego se sentó en mi cama. Le agradecía que se comportara como una amiga, en lugar de hacerlo simplemente como la persona que dormía en el cuarto de al lado. Estaba tan nerviosa y tenía tantas ganas de empezar una nueva vida que saber que ya contaba con una amiga hacía que todo aquello me diera menos miedo.

—Bueno, ¿qué quieres hacer en tu primer día oficial como neoyorquina?

Casi me puse a dar saltos de la emoción.

—No lo sé. Podríamos dar una vuelta para ver el barrio. No puedo ni pensar en ponerme a deshacer las maletas ahora mismo.

—Muy bien. Te enseñaré el barrio y luego podemos ir a Max's Tavern, un bar que hay un par de manzanas más allá.

Me miré en el espejo del tocador e hice un gesto de desagrado.

—Primero deja que intente parecerme más a un ser humano. Tengo el pelo que parece que he metido el dedo en un enchufe y me ha dado calambre.

Claire se rió mientras salía de mi habitación.

—Claro, hazlo tranquila.

Abrí las maletas y saqué el neceser, unos *jeans* limpios y un chaleco. Claire se puso a hojear una revista mientras yo entraba en el baño. Me sentí aliviada al ponerme una ropa que no se me quedara pegada. Y aún me sentí más aliviada cuando me lavé la cara y me retoqué el maquillaje.

—¡Tachán! —anuncié saliendo del baño—. Esto es lo mejor que puedo conseguir por hoy, pero por lo menos ya no doy asco.

—Vas bien —me contestó Claire dejando la revista y levantándose. Ella llevaba unos pantalones cortos, lo que acentuaba sus largas piernas y una camisetita muy bonita que parecía ser de talla infantil. Mejor que Claire fuera simpática, porque resultaría fácil sentirse celosa de alguien que se veía espléndida con tan poca cosa.



Claire me llevó a todos los sitios de la zona que ella frecuentaba y me dio la impresión de que trataba a la gente con familiaridad. Tenía ese encanto natural que hacía que todo el mundo quisiera sonreírla y hablar con ella.

Mi nueva amiga resultó ser una buena guía. Me explicó cuáles eran los barrios de Nueva York y me mostró dónde se encontraban

los sitios importantes, como el supermercado más próximo o la farmacia. Ya solo pasear y empaparse del ambiente me pareció fascinante; y el East Village tenía mucho ambiente. Resultaba un poco más crudo y sucio de lo que yo había visto a través de los ojos de Carrie Bradsaw, pero no por eso me entusiasmó menos.

Fuimos paseando hasta Union Square; dimos una vuelta por el mercado de frutas y verduras y nos detuvimos a comprar unos vasos de sidra fría para apagar la sed. Luego nos sentamos en un banco a descansar y ver pasar a la gente.

—Bueno, ¿qué te parece hasta ahora tu nuevo barrio? —me preguntó Claire, recostándose en el banco.

—Ya sé que no paro de decir que todo me encanta, pero es así. Me encanta. Es tan distinto de Maryland o incluso de Washington. Ya sé que suena tópico, pero es que se ve tan animado. Tengo la sensación de que aquí puedo ser una persona diferente.

Claire me miró extrañada.

—¿Qué hay de malo con la persona que eres ahora?

Suspiré pensando en ello. La madre de Claire y la mía eran amigas; se habían conocido en una entidad benéfica de mujeres de Maryland, así que estaba segura de que Claire sabía lo de la anulación de mi compromiso. Las dos éramos de Merrittsville, un pueblo pequeño de Maryland, aunque nunca habíamos coincidido cuando éramos niñas porque Claire había ido a un internado. En Merrittsville, por lo visto, la noticia de mi estampida fue un impacto.

—Bueno, ya sabes lo de Sean y yo ¿no? —comenté. Cuando Claire asintió, continué—. No es que no le quisiera, lo quería. Es decir, todavía le quiero. Pero no era la clase de amor que necesitaba. No era ese tipo de amor que te hace sentir deseos de verle y echarle de menos cuando te separas. Salíamos juntos desde que teníamos quince años y ni siquiera sentí una sola vez cosquillas en el estómago cuando estaba cerca. Vaya, que me gustaba Sean y me atraía, y entonces pensaba que eso era suficiente, pero ahora sé que no lo es.

—Bueno… —dijo Claire arrastrando la palabra—. Eso lo entiendo. Pero ¿qué tiene eso que ver con que quieras ser una persona distinta?

—Pues que no quiero ser alguien que se resigna a vivir una vida sin pasión y aburrida; quiero ser distinta a esa persona que acata todas las normas y siempre hace lo correcto; a la que casi se casa con alguien solo porque era lo que todos esperaban, incluida ella misma. —Me volví hacia Claire—. Ya no soporto ser así. No sé quién voy a ser a partir de ahora, pero te aseguro que no seré esa persona.

Claire me miró medio sonriendo.

—No hay nada malo en intentar cambiar las cosas que no te gustan, pero no creo que lo que necesites sea hacer borrón y cuenta nueva. Ya sé que solo hemos hablado unas cuantas veces por teléfono y que no nos hemos visto hasta hoy, pero la Emma Mills que conozco me parece que está bastante bien.

Miré hacia los árboles que teníamos encima, una ligera brisa mecía sus ramas. No quería estar solo bastante bien; quería ser alguien que dejara huella en este mundo.

Volví a mirar a Claire riéndome, desechando aquellas ideas tan serias.

—Ya basta de conversaciones profundas. Debes de pensar que estoy pasando por una crisis de identidad o algo por el estilo. Háblame de ti. Ahora estás en una obra de Broadway, ¿no?

Claire me miró con expresión irónica.

—No solo está muy lejos de los grandes teatros de Broadway, sino que hasta sería exagerado decir que es una sala pequeña de teatro. Pero es un gran papel en una obra sobre una mujer que no puede decidirse entre dos hombres y sobre cómo va resolviendo a cuál elegir.

—¿Y tu papel es el de esa mujer?

Claire asintió.

—Se representa en una sala pequeña que no queda lejos de nuestro apartamento. Eso es lo que quiero decir con lo de que se encuentra tan lejos de Broadway. Podrías venir a verla algún día. La función se representa los viernes y sábados por la noche.

—¡Me encantaría ir a verla! ¡Mi primer espectáculo en Nueva York!

Claire se rió ante mis palabras de entusiasmo.

—No te emociones. No salimos cantando con máscaras de gato.

Arrugué la nariz para protestar.

—Nunca he visto el famoso musical de *Cats*[1].

Claire se tomó el último sorbo de sidra y estrujó el vaso.

—¿Y tú? ¿Cuándo empiezas en tu nuevo trabajo?

—Mañana a primera hora —gemí, porque yo había querido llegar unos días antes, pero mi madre insistió en me quedara en Maryland hasta el último momento. Tenía miedo de que me fueran a violar o asesinar en alguna callejuela de Nueva York. Cuando le expliqué que Nueva York no tenía callejuelas cambió el escenario por una alcantarilla. En consecuencia, no me marché hasta el domingo por la mañana y ahora solo me quedaba una espléndida tarde hasta el lunes.

—¿Dónde está la oficina?

—Está en el número 45 de Lexington —respondí—. ¿Es fácil llegar desde aquí?

—Tienes suerte. Al estar en la parte este solo deberás tomar la línea verde.

Me mordí el labio mientras pensaba en el complicado plano del metro que había estado examinando con detalle unas horas antes.

—Ya me he trazado la ruta en el plano. La he memorizado porque estaba obsesionada con eso. Me pongo paranoica al pensar que me equivocaré de línea o que acabaré en Queens.

—Relájate —dijo Claire riéndose—. El metro es superfácil. Luego te acompañaré —aseguró, guiñándome un ojo—. De todos modos, Queens no es un sitio tan malo. Tienen una comida india mortal.

---

1 *Cats* es un musical compuesto por Anrew Lloyd Webber basado en el *Old Possum's Book of Practical Cats* de T. S. Elliot. Entre sus famosas canciones destaca el tema *Memory*, que se ha convertido en un clásico. El musical se empezó a representar en Broadway en 1981 y ha sido el segundo que más años ha permanecido en cartel.

—Me encanta la comida india —dije y, al pensarlo, fruncí el ceño—. De hecho me encanta cualquier comida. Ese es el problema.

—No creo que tengas nada de qué preocuparte —me contestó echándome una ojeada—. Las curvas están de moda.

No pude evitar sentirme un poco incómoda con su examen. Yo nunca miraría a alguien tan descaradamente ni le haría comentarios sobre su cuerpo.

—Gracias, supongo.

—Se supone que era un halago —Claire dejó escapar una carcajada.— Tienes la cintura estrecha y unas buenas curvas. Eso es bueno.

Me quedé tranquila pero no estaba de acuerdo. Mataría por ser alta y delgada como Claire. Pero en fin, me imagino que no todos podemos tener una belleza deslumbrante. Aparté esos pensamientos. No era ni el momento de compararme con otras ni de ponerme a husmear en mis defectos. La nueva Emma Mills tenía confianza en sí misma y, por tanto, estaba orgullosa de su cuerpo.

—Bueno a estas curvas les gustaría algo más consistente que un vaso de sidra. ¿No dijiste que había un bar cerca del apartamento?

Claire se levantó de un salto y lanzó el vaso estrujado en una papelera cercana.

—Max's Tavern. Suelo ir casi todos los domingos. Es un bar tranquilo y un sitio estupendo para pasar el rato. Vamos.

Volvimos caminando relajadamente por el barrio, disfrutando de los últimos rayos de sol de aquella mañana de domingo.

—Este es —dijo Claire cuando llegamos a un bar cubierto de listones de madera por fuera.

Max's Tavern parecía llevar allí desde antes de la ley seca de los años veinte, pero había aguantado bien el paso del tiempo y resultaba evidente que lo mantenían en buen estado porque se veía reluciente.

—No es un bar hípster, pero me gusta por eso.

El bar estaba bastante lleno cuando entramos y Claire saludó con la mano al camarero de la barra.

—Allí están —me dijo Claire agarrándome del brazo y arrastrándome a una mesa que ya estaba ocupada. Había dos chicos y una chica que sonrieron en cuanto vieron a Claire. La muchacha era una réplica de Claire, aunque en versión morena. Al ver su melena de color castaño oscuro y esos grandes ojos marrones, empecé a acomplejarme. Me imagino que es lo que pasa cuando te juntas con actores.

Los hombres tampoco estaban nada mal. Uno era rubio y fornido, con unos músculos que parecían a punto de hacer reventar su camiseta ajustada. La nariz parecía que se le había roto varias veces, pero en lugar de restarle interés a su aspecto, añadía atractivo a aquellos rasgos duros tan masculinos.

El otro que estaba sentado a la mesa era del tipo estrella de cine guapo. Tenía un pelo castaño oscuro un poco despeinado, que en lugar de hacerle parecer descuidado, realzaba su atractivo confiriéndole un encanto varonil. Su nariz no parecía que se hubiera roto nunca y tenía unos hoyuelos que se hicieron visibles cuando sonrió al acercarnos. No era musculoso como su amigo, pero su constitución delgada resultaba más atractiva. Era más de mi tipo.

Deseché ese pensamiento sacudiendo la cabeza. No me había mudado a Nueva York para meterme otra vez en una relación. Había llegado el momento de descubrir qué quería hacer con mi vida. Además, ¿a quién estaba engañando? Ese hombre que tenía delante era demasiado guapo como para sentirme cómoda. Con Claire y la morena de piernas largas allí, estaba convencida de que él no se interesaría demasiado en mí.

—¡Hola, chicos! —dijo Claire acercándose a la mesa—. Esta es Emma. Es la nueva compañera de piso de la que os hablé —dijo volviéndose hacia mí para hacer las presentaciones.

—Emma estos son Jackson, Nathan y Mia.

Sonreí mientras todos me saludaban con entusiasmo.

Jackson, aquel dios griego que por lo visto también era educado, nos acercó dos sillas de otra mesa.

—Hola, Emma. ¿Te gusta Nueva York? —me preguntó Mia cuando nos sentamos. Me sonreía abiertamente y, a pesar de ser guapa a rabiar, parecía sincera y simpática. Estaba claro que tenía que dejar de equiparar la belleza con la malicia. Era como si alguien me juzgara por no tener unas piernas aptas para correr mucho.

—¡Me encanta! ¡Mi primera impresión ha sido inmejorable! —respondí, incapaz de dejar de hablar con efusividad de mi nueva ciudad. Quizás ese entusiasmo desaparecería con el tiempo, pero de momento, todavía disfrutaba de todas las novedades—. Claire me ha acompañado a dar una vuelta por el barrio para enseñármelo. Casi no puedo creerme que por fin esté aquí.

—Vienes de Maryland, ¿no? —preguntó Jackson, que parecía sentir una sincera curiosidad.

Me costaba mirarle. Era como mirar directamente al sol, tanto que casi tenía que desviar la mirada de aquellos ojos tan atractivos. Desde luego, tenía que controlarme.

—Sí. Crecí allí y viví un tiempo cerca de Washington. Es muy diferente de Nueva York.

—¿Por qué decidiste venir a vivir aquí? —preguntó Mia sacando a colación un asunto delicado, aunque lo hiciera de manera inconsciente. La verdad era que no me apetecía en absoluto ponerme a contar mi historia a unos desconocidos.

—Tenía ganas de cambiar de vida. Toda mi vida he estado en Maryland y en Washington, menos cuando fui a la universidad en Chicago. Pensé que era el momento de hacer algo distinto.

La camarera se acercó a tomar nota interrumpiendo la conversación.

—Hola, Claire, ¿qué vas a beber?

—Tomaré una cerveza Yuengling —Claire se volvió hacia mí—. Maggie, esta es Emma, mi nueva compañera de piso. Acaba de llegar hoy a Nueva York.

Maggie, que parecía como de nuestra edad, me dedicó una amplia sonrisa.

—¡Bienvenida! Espero que seas una habitual del bar como estos muchachos. Casi todos los domingos me cuesta hacer que se despeguen de las sillas y se vayan.

—Gracias, Maggie. No estoy segura de que pueda dar la talla bebiendo, con dos cervezas ya estoy que me caigo. Y hablando de eso, yo tomaré otra Yuengling.

Cuando Maggie se fue a por nuestras cervezas, Nathan dio una palmada en la mesa que me sobresaltó, pero vi que me estaba sonriendo.

—Eso es lo que me gusta. Una chica que piensa en lo que cuestan las cosas. ¿Cómo es posible que todas las mujeres con las que salgo me arruinen? Eso me duele aquí —dijo dándose palmadas en el bolsillo.

Claire puso los ojos en blanco.

—Por algo dicen que la caballerosidad no existe.

—No es que no exista, es que ha sido pisoteada por mujeres que no saben apreciarla —dijo Nathan, que trataba de que lo que acababa de decir sonara desenfadado, aunque noté algo de seriedad en su tono.

Jackson se inclinó, ladeando los labios.

—No le hagas caso a Nathan. Todavía tiene que digerir el hecho de que le hayan dejado hace poco, así que se encuentra en esa fase de que «las mujeres son el demonio».

—Lo siento, Nathan —le dije en tono compasivo, feliz de no haber echado más leña al fuego contando que había roto mi compromiso a menos de un mes de la boda.

Nathan suspiró de un modo un tanto teatral y cruzó los brazos.

—Debía haberlo visto venir. Cuando Sandy me dijo que quería tomar lecciones de tenis, debería haberlo impedido.

—Nathan, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? —se quejó Claire, que se detuvo cuando Maggie volvió con las cervezas para beberse un buen trago—. Sandy no te engañó por tener profesor de tenis. Te engañó porque es una zorra.

Nathan negó rotundamente con la cabeza.

—Ni hablar. Fue por el profesor de tenis. Era uno de esos europeos chulos que la cautivó con su acento. De no ser por él aún estaríamos juntos —apostilló, volviéndose bruscamente hacia Jackson, que había estado escuchando la conversación con una media sonrisa en la cara—. Si empiezas a salir con una mujer, no dejes que vaya a clases de tenis, y menos si tiene a un europeo presumido por profesor.

Intenté contener la risa, pero tuve la mala suerte de que me saliera un resoplido fuerte. Todos los de la mesa se quedaron mirándome, Jackson con un gesto divertido y Nathan con el ceño fruncido. Asentí enérgicamente con la cabeza para apaciguar a Nathan.

—Estoy de acuerdo. Nada de chulos europeos que den clases de tenis.

Nathan asintió satisfecho mientras el resto se echó a reír.

—Pobre Nathan —dijo Mia compadeciéndole y dándole palmadas en la mano—. No puede pasar por una pista de tenis sin ponerse nervioso.

—Han pasado tres meses —dijo Claire, que parecía no compadecerse—. ¿Cuánto tiempo vas a estar suspirando por ella?

Vi cómo Mia le dirigía a Claire una mirada de advertencia, pero Claire no hizo más que encogerse de hombros. Parecía que mi amiga no se compadecía de Nathan, lo que contradecía mi primera impresión de ella. Se la veía tan tranquila que su poca paciencia con Nathan resultaba chocante.

Nathan pareció desinflarse con las palabras de Claire, dejándose caer contra el respaldo de la silla. Aunque acabara de conocerle, me sentí mal por él. Y una parte de mí se sintió también un poco culpable. Aunque yo no había engañado a Sean, podía imaginarme su expresión de abatimiento viendo la cara de Nathan.

—Está bien, tres meses no son tanto —comenté tratando de consolarle mientras intentaba descargar el ambiente—. En quinto grado, cuando tenía diez u once años, mi novio me dejó por Shelly Dupree porque ella tenía piscina y su madre hacía unas galletas im-

presionantes, y todavía en sexto yo le estaba hincando agujas a una muñeca con una foto suya en la cara.

Claire me lanzó una mirada que no entendí y me hizo sentir incómoda. Todavía no conocía la dinámica de este grupo y la verdad era que no había pensado en la reacción de Claire al intentar consolar a Nathan. No era mi intención contradecirla, pero había sido un poco dura con él.

—Recuérdame que nunca te haga enfadar —dijo Jackson tratando de distender el ambiente—. No quiero imaginarte haciendo vudú sobre un muñeco con mi cara.

—No te preocupes —me reí—. Eso lo guardo para faltas graves. No me dejes plantada por una golfa con piscina y galletas de chocolate y todo irá bien.

Jackson me sonrió abiertamente dejando ver sus hoyuelos y yo parpadeé aturdida. No había querido insinuar que pudiera darse algo entre nosotros para que existiera la posibilidad de que me abandonara, pero a Jackson parecía haberle hecho gracia.

—Hablando de dejar plantado —dijo Claire interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Todavía te hablas con Sean?

Palidecí mientras Claire ladeaba la cabeza mirándome con expresión inocente. Su pregunta me pilló por sorpresa y me puse tensa. Me quedé confundida. No entendía por qué Claire sacaba a relucir a Sean. Era como un ataque, como si me estuviera haciendo pagar por no estar de acuerdo con ella. Esa no parecía ser la misma muchacha que me había parecido tan agradable por teléfono y que me había llevado ese día por ahí a enseñarme sitios tratándome como a una amiga más que como a una compañera de piso.

—¿Cómo? Pues la verdad es que no —le respondí con la boca seca. Vi que Mia y Nathan me miraban interesados mientras Jackson observaba a Claire con el ceño fruncido.

—¿Quién es Sean? —preguntó Mia, que parecía no darse cuenta de aquel momento de tensión.

—Es mi ex. Rompimos hace poco, pero él está en Maryland.

—Ya basta de conversaciones deprimentes —dijo Claire sonriéndome. La miré confundida; hubiera jurado que su comentario sobre Sean era una pulla, sin embargo su expresión era de ingenuidad.

—No hablemos más de los ex. Vamos a hablar de algo más interesante. Mia, ¿cómo te fue la audición para ese anuncio?

Mia suspiró.

—Supongo que bien. Es tan pesado ir a todos esos *casting* para buscar trabajo que ya no tengo ningún interés. Sin embargo, necesito pagar las facturas, así que asistí.

—Mia en realidad es bailarina, pero decidió colgar sus zapatillas de *ballet* y cambiarlas por la vida de actriz —explicó Claire. Sacudí mentalmente la cabeza sorprendida ante esta Claire que ahora se mostraba tan simpática y abierta. Me preguntaba si no sería yo quien había malinterpretado sus comentarios de antes. Decidí olvidarlo. No tenía ganas de distanciarme de mi compañera de piso y de mi única amiga en Nueva York.

—Bailarina. ¡Qué impresionante! Yo daba clases de *ballet* de pequeña pero como no paraba de rasgarme el tutú y de correr de un lado a otro en lugar de quedarme en la primera posición, pidieron a mis padres que dejara de asistir a las clases —sonreí con pesar—. Creo que fue una manera educada de echarme.

Mia se rió.

—Yo llegué un poco más lejos que eso, hasta que me di cuenta de que no quería llevar esa vida. Además, me gusta comer —apostilló y, antes de seguir, frunció el ceño—, aunque no es que sea mucho mejor la vida de una aspirante a actriz. Me paso la mayor parte del tiempo trabajando en el mostrador de cosméticos Mac que hay en los almacenes Bloomingdale's y yendo a hacer *castings*. No he tenido mucha suerte.

Pasé la vista por todos los de la mesa.

—¿Sois todos actores?

—Yo no —respondió Nathan—. Soy pintor. La semana que viene presento una exposición en una galería pequeña. Podrías venir.

—¡Anda, un pintor! —exclamé impresionada—. Parece que todos sois gente creativa. Me encantaría ir a tu exposición —dije y me volví hacia Jackson—. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

A Jackson se le había quedado cierta cara de descontento de la conversación anterior y de la pulla de Claire, pero eso cambió con mi pregunta.

—Soy también uno de esos montones de actores que tratan de abrirse camino, lo que significa que me paso el día trabajando como entrenador de un gimnasio mientras llega mi gran oportunidad.

—De hecho Jackson actúa en la obra que te he contado antes —me dijo Claire mientras miraba a Jackson con una sonrisa de suficiencia—. Es uno de los dos hombres que rivalizan por pedir mi mano.

—Espero ir a verla —dije—. ¿Y acabas quedándote a la chica o no?

Jackson sonrió y sus ojos brillaron. Cada vez me resultaba más fácil mirarle por más tiempo. Gracias a su sincera simpatía, su atractivo iba quedando en un segundo plano.

—Tendrás que descubrirlo tú misma. No puedo desvelar el final. Te estropearía la obra.

—¿Y tú? —me preguntó Mia—. ¿A qué te dedicas? ¿Ya has encontrado trabajo aquí?

—Por suerte conseguí un empleo antes de mudarme. Soy asistente de dirección de una empresa de comunicación y publicidad. No es lo que más me gusta hacer, pero es un sueldo y estoy muy contenta.

—Emma era directora de marketing de una empresa en Washington —dijo Claire con un tono de orgullo que me sorprendió—. Estoy convencida de que enseguida ascenderá.

—Gracias por ese voto de confianza, pero por ahora tendré bastante si consigo responder a las llamadas y hacer fotocopias sin meter la pata.

—Estoy seguro de que pronto acabarás siendo una maestra de las llamadas y de las fotocopias —me dijo Jackson con un guiño.

—Justo lo que soñaba desde pequeña —le contesté con una sonrisa irónica.

—¿Así que tú y Claire sois de la misma ciudad? —preguntó Mia.

Le di un sorbo a mi cerveza y asentí. Realmente el alcohol se me subía a la cabeza y hasta ese momento apenas había bebido del vaso, pero había visto a Nathan haciendo una seña a Maggie para que trajera otra ronda. Ya podía andarme con cuidado con este grupo. Beber más de un par de copas siempre me animaba más de lo que yo quería.

—Nuestras madres son amigas y colaboran con un grupo de beneficencia de allí. Es la típica ciudad pequeña en la que todo el mundo sabe lo que hacen los demás —sonreí con pesar—. Es fantástico.

—Yo fui a un internado, así que Emma y yo no nos conocíamos —añadió Claire.

—Tuve suerte de que Claire estuviera buscando compañera de piso justo cuando yo necesitaba un sitio para trasladarme —dije—. ¿Vosotros vivís por aquí?

—Nathan y yo compartimos apartamento y vivimos entre la Segunda y la Primera avenida —respondió Mia.

Me sorprendió que vivieran juntos, pero me acordé de que esto era Nueva York, no Merrittsville, donde eso si que sería raro.

—Yo vivo también por aquí —dijo Jackson metiéndose en la conversación—. Entre la calle Catorce y la Tercera avenida.

Claire se estiró, poniendo los brazos por encima de la cabeza, arqueándose hacia atrás.

—Necesito fumar. ¿Alguien me acompaña?

Nathan y Mia también querían fumar. Nathan se quejó de tener que salir fuera, ya que en Nueva York no estaba permitido fumar dentro de los bares.

—¿Fumas? —me preguntó Mia mientras se levantaba.

—No —le contesté—. Una vez lo intenté en el instituto pero vomité. Eso es más o menos lo más ilegal que hay en mi historial con las drogas.

Nathan le dio una palmada en la espalda a Jackson.

—Ya tienes a alguien que te haga compañía mientras ennegrecemos nuestros pulmones.

Jackson sonrió.

—Por fin alguien que no fuma. Me he pasado media vida esperando a esta gente mientras fumaban afuera.



Cuando los fumadores salieron desfilando hacia la calle, yo empecé a ponerme nerviosa por quedarme a solas con Jackson. Me sentía un poco cohibida en su presencia, porque aunque parecía tener más o menos mi edad, se le notaba más seguro y dueño de sí mismo. No me preocupaba que fuera condenadamente guapo.

—Bueno, Emma Mills —dijo Jackson echándose hacia atrás en la silla—. Cuéntame cosas de ti.

—Pues ya sabes que no fumo, que probé con el *ballet* y que además hice vudú, ¿qué más te puede interesar saber de mí?

Jackson se rió y las vibraciones de su risa me dieron escalofríos. Me imaginé esa risa sorda en un escenario diferente: un lugar oscuro con una cama.

Carraspeé tratando de ahuyentar esos pensamientos.

—¿Desde hace cuánto eres entrenador? —le pregunté, orgullosa de la firmeza de mi voz.

Maggie llegó con otra ronda de cerveza fría y Jackson le dio las gracias antes de contestarme.

—Solo un par de años. Me metí en eso porque mis trabajos de actor eran tan esporádicos que tenía mucho tiempo libre. Pasaba bastante tiempo haciendo ejercicio en el Fitness Peak, un gimnasio que hay cerca de aquí. Ellos andaban buscando entrenadores y me lo propusieron. Solo tuve que tomar unas cuantas clases, pasar un examen para conseguir el título, y ya está; me convertí en entrenador.

—Bueno, se ve que te gusta estar en forma —dije admirando su cuerpo y luego me reí un poco cohibida ante mi descaro—. Por supuesto, este es estrictamente el punto de vista objetivo de alguien que está evaluando tus aptitudes como entrenador.

—Por supuesto —aceptó Jackson con una sonrisa—. Deberías venir al gimnasio alguna vez. Podría darte algunas clases de prueba gratis.

Gemí.

—El ejercicio y yo no nos llevamos bien. Siempre he deseado ser de esa gente a la que le encanta estar en forma, pero por desgracia para mí hacer ejercicio es lo más parecido a la tortura.

Jackson sonrió.

—Puede que sea porque no has tenido el entrenador adecuado. Yo puedo hacer que el ejercicio sea una diversión —dijo, y me miró de arriba abajo un poco de la misma manera a como yo le había mirado. Me ruboricé ante aquel examen—. Aunque yo diría que no hay mucho que mejorar.

Solté una carcajada.

—Sí que eres buen actor. No sé si sentirme halagada o desconfiar. Si esta es tu táctica para conseguir clientes, debes de ser un entrenador muy popular.

—Ve a comprobarlo tú misma. El Peak Fitness está en la Segunda avenida entre las calles Doce y Trece. Trabajo casi todos los días laborables por la tarde, menos el viernes; y algunos sábados y domingos, después del mediodía.

Jackson sacó el teléfono móvil del bolsillo.

—Dame tu número. Te enviaré mis horarios en un mensaje.

—Eeh, bueno —le dije sin estar segura de si Jackson estaba siendo simpático o se sentía interesado en mí. Aunque me hubiera dicho a mí misma que no quería ninguna relación en ese momento, no era tan idiota como para dejar pasar a alguien como Jackson. Era divertido y guapo, y no se encuentran todos los días hombres divertidos y guapos que se interesen por una. Por otra parte, ¿quién decía que

tenía que ser algo serio? Acaba de salir de una relación de diez años; esto podía servir para pasármelo bien.

Además, puede que solo estuviera siendo simpático conmigo. No quería hacer el ridículo creyendo que iba tras de mí cuando solo quería ser mi amigo... o mi entrenador.

Después de que Jackson introdujera mi número en su teléfono móvil, empezó a soltarme de golpe el suyo y tuve que hurgar deprisa y corriendo en el bolso para buscar mi teléfono y anotarlo.

—R-e-y-n-a-r-d.

—¿Qué? —No tenía ni idea de qué estaba deletreando Jackson.

—Mi apellido. Para que lo grabes en tu teléfono móvil.

—¿Siempre eres tan lanzado dando tu número? —me reí.

Jackson sonrió.

—Siempre estoy disponible para mis clientes. Soy así de entregado en mi trabajo.

Antes de que pudiera responder, Claire, Nathan y Mia ya estaban de vuelta. Me fijé en que Claire miraba a Jackson como evaluándolo y tuve que contener el impulso incontrolable de guardarme el teléfono móvil en el bolso. No me parecía que hubiera habido nada entre Claire y Jackson, pero anoté mentalmente que después se lo preguntaría. Lo último que deseaba era entrar en su terreno.

Nathan bebió un gran sorbo de la cerveza que Maggie había dejado en la mesa mientras ellos estaban afuera.

—Bueno, ¿y de qué habéis estado hablando vosotros? —preguntó Claire mientras le daba un pequeño sorbo a su cerveza.

—Jackson me contaba cómo es su trabajo de entrenador —contesté—. De hecho estaba intentando convencerme para que sea una de sus clientas. No se da cuenta de que para mí ejercicio es darle al botón del mando de la televisión.

—Jackson es un entrenador muy solicitado. Tendrías que ver a la pandilla de mujeres que se quedan mirándole embobadas mientras él se ejercita —dijo Mia, riéndose.

—Vamos, Mia —le regañó Jackson en broma—. Le vas a dar a Emma una falsa impresión. Soy un entrenador entregado a mi trabajo que nunca se aprovecharía de clientas potenciales.

—Yaaa —exclamó Mia en tono sarcástico—. Yo también creo que el fucsia es un color que le sienta bien a todo el mundo. Eso es lo que le digo a la gente en la sección de cosméticos.

—Es verdad que Jackson es un buen entrenador personal —intervino Claire—. Si necesitas uno, él es una buena elección. A mí me ayudó mucho para fortalecer y estirar los músculos.

Puede que la mirada que antes había notado en Claire hubiera sido imaginación mía, porque ahora no me parecía que le alterara en absoluto la idea de que Jackson fuera mi entrenador.

—¡Espera! —le dije—. No estoy pensando en tener un entrenador personal; ni siquiera me he planteado apuntarme a un gimnasio. Por lo menos de momento no. Primero tengo que trabajar para ganarme el sueldo antes de gastármelo, aunque sea en un entrenador increíble al que persiguen las clientas.

Jackson me miró con una sonrisa deslumbrante. Y empecé a pensar que quizá la segunda cerveza no había sido una buena idea. Me sentí un poco tonta al quedarme mirando aquella sonrisa y estaba segura de que el alcohol tenía algo que ver.

—Recuerda que las primeras sesiones este mes son gratuitas y que puedo conseguirte gratis un abono de prueba de quince días para el gimnasio.

—Ya veremos —respondí con una sonrisa evasiva. Luego miré el reloj y puse un gesto de contrariedad al ver la hora. Por más que me lo estuviera pasando bien con los amigos de Claire, mi primer día de trabajo se cernía sobre mí; aún tenía que deshacer las maletas y quería estar bien preparada para el día siguiente.

—Debería marcharme ya. Mis dos maletas sin abrir me esperan en casa y tengo que pensar en que mañana trabajo.

—Me voy contigo —dijo Claire—. Estoy agotada.

Estaba buscando en el bolso para dejar el dinero de las cervezas cuando Jackson me detuvo.

—No te preocupes por eso —me dijo con una sonrisa—. Lo menos que puedo hacer es invitarle a las dos cervezas como gesto de bienvenida a la ciudad.

—¿Seguro? —le pregunté vacilando. No sabía si sentirme bien dejando que alguien a quien acababa de conocer me pagara la cuenta.

—Claro —dijo Jackson y miró a Claire torciendo los labios—. Y a ti también, por supuesto.

—Gracias, Jackson —le respondió Claire con alegría.

—Me ha gustado conocerte, Emma —dijo Mia con voz cantarina—. Seguro que nos veremos más veces ahora que vives aquí.

—Gracias, yo también estoy contenta de haberos conocido —respondí con una sonrisa, sintiendo que tenía suerte no solo de contar con Claire como amiga sino de que ella estuviera dispuesta a meterme en su círculo de amigos. Miré a Jackson—. Gracias otra vez por las cervezas.

—No tiene importancia —me contestó.

—Hasta luego Emmita —dijo Nathan con una sonrisa—. No te olvides de mi exposición de la semana que viene.

—Me muero de ganas.

Ya había anochecido cuando Claire y yo salimos a la calle, pero aún hacía calor.

—Gracias por presentarme a tus amigos —le dije mientras íbamos caminando por las pocas manzanas que nos separaban del apartamento.

—No hay de qué —me contestó Claire con tranquilidad—. Sé lo difícil que puede llegar a ser mudarse a una ciudad en la que no conoces a nadie. Yo tuve suerte porque el primer mes conocí a Jackson en un curso de interpretación y él me presentó a Nathan y a Mia. Los tres somos amigos desde entonces.

En ese momento aproveché la oportunidad para asegurarme de que no me metía en el terreno de nadie.

—¿Hay algo entre tú y Jackson? —le pregunté, ruborizándome un poco al hacer la pregunta.

Claire me miró con cierta malicia

—¿Por qué lo preguntas?

Me puse todavía más colorada y solté una risa nerviosa.

—Por curiosidad. Puede que solo quisiera ser simpático, pero me ha parecido que quería ligar y prefiero asegurarme antes de meterme en terreno ajeno.

Claire se rió.

—No te preocupes. Jackson y yo nos enrollamos varias veces cuando acabábamos de conocernos, pero eso fue hace tres años. Luego llegamos a la conclusión de que estábamos mejor como amigos.

Me sentí aliviada con su respuesta. No me había dado cuenta de cuánto me preocupaba que hubiera algo entre ellos.

—Así que puedes enrollarte con él tranquilamente —continuó Claire.

—Ay, no quería decir que pensara en nada con él —le dije apresuradamente—. Solo quería estar segura de que no me metía en corral ajeno. No ha sido más que un coqueteo inocente.

—Bueno, bueno —me contestó con un tono que dejaba claro que no se creía lo que le estaba diciendo—. Pero si Jackson tiene interés en ti, yo no lo despreciaría. Es una buena pieza.

Asentí con la cabeza pero no dije nada más. Estaba demasiado concentrada pensando en que la nueva Emma Mills estaba a punto de tener su primera aventura amorosa en Nueva York.

Libros de seda